

—¡Hola, Rubén!—gritó Carmona desde la puerta.

Alumbrándose con un candil, apareció un joven mal pergeñado, exhibiendo poco aseo en el vestido.

—¡Buenas noches, señor maestro!, pase adelante y la compañía: aquí hay silletas, siéntense Uds.

—¿Qué tal va el oficio?—dijo Carmona.

—Pues, señor, unos días hay para la olla, otros... á la luna de Valencia....

¿Así es que no piensas casarte?

—Y con qué, señor? ¿Para que Virginia pase trabajos? Comprometido estoy con ella, pero no veo modo de cumplir la promesa....

—Hágale Ud. su propuesta, don Alberto.

Este, incontinenti, le endilgó el mismo ofrecimiento que había hecho al carpintero Rogelio. El joven albañil quedó encantado: era demasiado pobre para rehusar tal prebenda.

—¡Sí señor, me voy con Ud., después vuelvo acá á cumplirle mi palabra á Virginia.

—Es que Ud. ha de casarse antes del viaje, porque todos los que van conmigo serán casados.

—¡Pero, señor, si no tengo dinero para hacer la boda!

—Sí que tiene, porque yo le daré todo lo necesario y hasta seré su padrino.

—A mucha honra, señor caballero!

—¿Con que acepta? ¿Se viene conmigo?

—¡Sí **ella** quiere....

—¡Sí ha de querer!—dijo Carmona—, díle que yo también me voy de viaje.

—Pero maestro, Ud. no es casado.

—No, pero el señor contratista sabe que me casaré en el Brasil. Conque, Rubén, quedas encargado de hablar á tus compañeros: que sean todos jóvenes y dispuestos á casarse antes de ocho días.

—Conozco tres recién casados. Marcelo, Claudio y Alfredo, apenas hace dos, tres y cuatro meses al **respectivo**, que se casaron, y ya principian las penurias....

—Pues, hombre, llevaremos esos tres matrimonios; solteros, ni uno—dijo Sorel.

—Mañana te espero en mi casa, Rubén, con los otros once amigos que consigas; porque han de ser doce los contratados. Conque háblales esta misma noche y mañana, allá todos, para arreglar los asuntos de boda y viaje: don Alberto desea embarcarse pronto. ¡Adiós, y no faltar!

El albañil, lo mismo que el carpintero, apenas salieron los caballeros, voló calle arriba, consiguiendo allí muchos

prosélitos, el resto lo catequizó en la calle del Tanque: antes de las once tenía el número completo.

Cuanto á los caballeros, fuéronse al hotel donde don Alberto obsequió al complaciente artista con un buen café con ricos bizcochos y otras pastas finas sin faltar algún licor de primera.

Carmona celebró el buen resultado de la pesca, diciendo:

—Me decidí á viajar para que esos muchachos se animaran: á Ud. no le conocen; pero á mí, mucho.

—¡Ah, ya Ud. comienza á serme indispensable! Desde que le encomendé la construcción del Hospicio, le calificué como sujeto de relevantes prendas.

Carmona saludó muy complacido de esos elogios que realmente merecía. Despidióse hasta mañana, dirigiéndose á su casa.

El abuelo y el nieto subieron á su dormitorio, alquilado con anticipación. Pronto se durmieron, y es fama que Albertito vió en sueños una joven pelirojo que besaba con pasión las plumas de una Garza Real. Por su parte, el Espíritu del Río, también en sueños, tuvo una visión: miraba un bonito caserío á cuyas inmediaciones numerosos indios tiraban sus taparrabos, vistiéndose con dificultad los flamantes pantalones, en cuya operación los ayudaba el sonriente arquitecto.

Sonaban, pues, esos señores con sus respectivos ideales que muy pronto se transformarían en verdades palmarias.

Al día siguiente pasaron á ver las damas, que los recibieron con júbilo. Armida preguntó sonriendo qué tal iba la pesca. Sorel contestó:

—Marcha viento en popa: la red barreada salió repleta. Hoy quedará firmado el contrato de emigración.

Don Alberto, aparte de los demás, comunicó á su hija lo que dijo al artista respecto á su salvación del incendio.

—Porque es preciso, hija mía, llegado el caso, dar una explicación de tu vuelta á la vida; me parece que lo dicho á Carmona es lo más verosímil, puesto que es imposible hablar claro. Para eso sería ineludible acusar á César....

—¡Ah, no, padre mío! ¡Nunca acusaré al padre de Alberto! Tendré presente lo que Ud. ha referido á Carmona, lo mismo diré si se ofrece, exceptuando á mi amiga y al doctor, á quienes diré la verdad entera.

Después de almorzar todos juntos, Sorel y el nieto, fuéronse á casa del arquitecto.

CAPITULO XXXVII

CONFERENCIA Y ALGO MAS

Poco después llegó el doctor don Prudencio, muy admirado de la imprevista resurrección de Angelina.

Esta estrechó la mano de su antiguo médico, pidiéndole una conferencia en unión de doña Carmen. Sería larga, por lo menos dos ó tres horas de narración....

—Nada lo impide, mi querida señora. Yo apenas visito uno que otro enfermo... antiguos parroquianos que insisten en que les atienda; pero mi edad pide el descanso, por lo cual mucha parte del día me entrego á él.

—Pues vamos al cuartillo alto del Hospicio; mi relato pide secreto; allí nadie lo oirá sino nosotros tres.

Fuéronse al Hospicio y subiendo al altillo, refirió toda su larga historia tal cual la narrara en la confesión, que ya conocemos.

Al terminar el largo relato, el doctor, frotándose las manos, dijo:

—Vaya, señora mía, Ud. ha estado por largo tiempo bajo el imperio de una obsesión; ésta se efectúa cuando el carácter del sujeto tiene extraordinaria fuerza de voluntad. La obsesión es temible porque de ella pueden emanar graves desgracias. ¿No sabe Ud. que algunos grandes bandidos fueron antes hombres honrados? Habiendo recibido de la sociedad gravísimas ofensas, rompen con ella, lanzándose á la Sierra bajo la obsesión de la venganza y cometen crímenes á diestro y siniestro, sembrando el terror por todas partes. Es que en ellos se ha desencadenado la ferocidad primitiva; ese espíritu de venganza innato en todos los animales, incluso el hombre, á pesar de la educación, surge potente en el sujeto ultrajado, si posee gran energía voli-

tiva y la ofensa que se le ha inferido es de tal magnitud que atrofia su recto criterio.

¿Y qué es la mujer, sino el hombre, bajo otra forma física? Tiene menos fuerza y más sentimiento: esa es toda la diferencia. Valido de la superioridad de su fuerza bruta, el hombre trató siempre de llevar del cabestro á la llamada erróneamente débil mujer. Ya en lo antiguo algún Filósofo griego declaró á la mujer: "raza intermedia entre el bruto y el hombre"; en lo cual, como en otras muchas cosas erraron miserablemente. El trabajo, ese gran eje en torno del cual gira todo el engranaje de la civilización moderna, era considerado por aquellos fatuos, como afrentoso. "El hombre libre, decían, no nació para trabajar, eso pertenece al esclavo". ¡Vea Ud. que cacumen tenía aquella gente que se creía superior á la humanidad entera! En Ciencias y Artes fueron sobresalientes, pues aunque desde tiempo remoto, otros pueblos las practicaron, no se puede negar que Grecia las perfeccionó

Respecto á Moral, fueron pésimos; por eso adoraban Dioses y Diosas que tenían buenas y malas cualidades, tal cual ellos poseían; no faltaba en su olimpo un Dios borracho, ni una Diosa prostituta.

En Roma, tampoco fue bien tratada la mujer. Grandemente licenciosos los romanos, encerraban bajo llave á sus legítimas esposas para gozar amplia libertad en sus festines burdescos, donde no faltaba la convidada hetaira. Sábese históricamente que aquellas esposas prisioneras, solían, para olvidar, emborracharse en su prisión. Si se trata del valor que puede desplegar la mujer, considere Ud. una Juana de Arco, al frente del ejército francés, montada en brioso corcel espada en mano, infundiendo espanto en las enemigas huestes que aterradas huían ante el empuje de una niña.

Hechos que parecerían fabulosos si no estuvieran tan cercanos al siglo presente que es imposible dudar de su autenticidad. Esa joven doncella, puede presentarse como prototipo del valor femenino, pero hay otras que por su arrojo y valentía, también han merecido el título de Heroínas.

Se preconiza en todos los tonos que la mujer debe ser el Angel del Hogar, conformándose con desarrollar en él las dotes de cariño y bondad que deben ser su único patrimonio. Pero esas prédicas vienen en línea recta de los hombres del pasado, que deseaban siempre algo de esclavitud para la mujer, y ahora no quieren soltar la rienda con que han tirado de su inerme compañera. Ella

sería ese Angel del Hogar, tan poetizado: tiene suficiente abnegación para serlo. Pero con frecuencia se halla enfrente de un tirano que, con su despótica conducta, echa á rodar la paz y armonía de ese hogar: sería preciso ser la ignorante de otro tiempo para sufrir paciente la arbitrariedad y desvío del esposo, á quien primero amó y después aborrece. ¿Y qué se hizo del Angel del hogar? Pregúntelo usted á la infinidad de divorcios y matrimonios desunidos que pululan por do quiera. De esas separaciones, puede asegurarse que por lo menos, entre ciento, las noventa, sin duda, proceden del hombre. Las mujeres, en su gran mayoría, serían buenas, si los esposos, cumpliendo con su deber, no las ultrajaran.

Si nos remontamos á un pasado de dos mil años, ó poco menos, vemos que si los hombres en el Circo romano afrontaban el furor de los gentiles que los arrojaban al martirio, las mujeres no retroceden ante los feroces rugidos de las fieras que las despedazan entre sus garras. Fué que la mujer siempre rebajada, quiso morir por el Justo, que trató de nivelarla con el hombre...

Por algunos siglos duró esa equitativa igualdad truncándose á la larga con motivo de la invasión de los Bárbaros, que volvieron á imperar despóticamente sobre sus compañeras.

Poco á poco va desapareciendo el régimen de injusta agresión, pero aún restan hartos residuos de él.

Al sistema liberal se debe el adelanto de la independencia femenina. Hoy vemos multitud de mujeres instruídas que saben ganarse honradamente la subsistencia de ellas mismas y á veces la de su familia, sin necesidad del hombre. A no existir el imperioso grito de la Naturaleza, que en la juventud pide amor; esas señoras no se casarían porque no necesitan ayuda para vivir. Pero los fuertes impulsos naturales las echan en brazos de un compañero. Situación la más hermosa y paradisiaca de la tierra. Si ese compañero es leal, le amará hasta la idolatría: si, por el contrario, es traidor, ¡oh! entonces perderá la estimación de la esposa, que dejará de amarle, porque sin estimación el amor muere. En tales casos, la mujer vulgar busca nuevos amos: la instruída no quiere perder su propia estima; no se convertirá en mujer liviana. A los hombres les conviene que la mujer adquiera, por medio de sus luces, esa elevación necesaria al desarrollo de la dignidad individual, para no convertirse nunca en el hazme reír de algunos...

— Veo, señora, que me he alargado un poco disertando sobre asuntos históricos, pero no los considero extemporáneos, atendiendo á las circunstancias de su relato de usted, de las cuales se desprende que iguales causas pueden producir iguales efectos. Si usted no hubiera sido ultrajada y además herida en el corazón con el robo de su hijo, no habría ejecutado acciones que no pueden publicarse. Todos los que conocemos á fondo sus desgracias, la disculpamos á usted. No lo harían aquellos que, ignorando sus grandes dolores, conocieran solamente los resultados. Por mi parte, queda usted completamente absuelta. El gran hecho histórico que con motivo de la sustracción del Codicilo, trajo usted sobre el tapete, como atenuante á la mala acción que cometía, hecho sancionado y largamente premiado, según dice la Historia, por el Eterno, es harto suficiente para disculpar todas las usurpaciones habidas y por haber...

— Conque, mi querida señora, cesen ya las penas del pasado, y entre con tranquilo paso en la nueva senda que, de seguro, la orienta hacia la felicidad; es muy justo que la segunda juventud la facilite goces que, por fatal aberración, perdió usted en la primera.

— Angelina, muy consolada con el dictamen del buen doctor, preguntó á doña Carmen:

—¿Y Ud. qué opina, amiga mía?

—Me adhiero totalmente á la opinión de don Prudencio, añadiendo á lo que él ha dicho sobre el valor femenino, que otras mujeres han ejecutado acciones mucho peores que las tuyas: si temporalmente retuviste un caudal ajeno, lo devolviste íntegro á su dueña. La emperatriz de Austria, firmando la destrucción de Polonia, se portó mil y mil veces peor que tú. Catalina de Rusia, encerrando, con amaño, en hondo calabozo, á una princesa de la sangre, para que las ratas se la comieran viva, fue una mujer cruelmente feroz, ante cuya abominable conducta, la tuya se esfuma en las nieblas del no ser. Todas las mujeres llamadas reinas, que firman una guerra, donde sin duda correrá á torrentes la sangre; donde habrá incendios, nó de casas, sino de pueblos enteros; donde el atropello vandálico está á la orden del día... todas esas mujeres, repito, son millones de veces peores que tú. Respecto al coquetismo que empleaste con los hombres, no es cosa de mayor cuantía, porque ellos á cada paso matan la honra de la mujer, haciéndola infeliz cuando no suicida. Conque, querida mía, paz y tranquilidad, que aún te aguardan muchos días felices.

Angelina, vertiendo lágrimas de agradecimiento, estrechó en sus brazos á la excelente amiga.

—Ahora, mi señora—dijo el doctor, voy a permitirle darla un consejo que juzgo necesario practique usted para su bien futuro. Al saber su esposo, por su padre de usted, lo criminal de su conducta anterior con su inocente esposa, es obvio que caerá en la desesperación; sentirá remordimiento enorme y hasta puede cruzar por su mente atribulada la idea del suicidio... Hay que tener mucho cuidado con eso: no le refiera usted los resultados de aquel gravísimo atentado pasional. Preséntese a su esposo sin enojo alguno: trátele lo más cariñosamente que pueda, haciéndole entender que en igual caso, usted hubiera procedido lo mismo que él: que todo ello no fué más que una equivocación. Respecto a la desaparición de usted, me parece que lo dicho por don Alberto á Carmona, es lo más verosímil (el doctor sabía eso por la misma Angelina). Haga usted con su esposo el convenio de no hablar del pasado... ¿Para qué lo ha de saber, si esa noticia lo hundiría más y más en su pena, al conocer las consecuencias de su grave atentado?

Compórtese con él como en los primeros tiempos de su felicidad matrimonial, endulzando así la amargura de los remordimientos que es factible le atosiguen... Más tarde, cuando la nieve de los años haya blanqueado su cabeza; cuando ya no existan ni residuos de violentas pasiones, puede usted referirle su verdadera historia. Es posible que entonces la oiga con risa ó la considere un cuento para entretener su vejez.

Aquí terminó el doctor, asintiendo Angelina á seguir los buenos consejos que, en pro de su futura dicha, la daba el buen amigo. Don Prudencio se despidió, las señoras pasaron á la casa, determinando las dos ir al día siguiente á visitar á Frasquita que, según doña Carmen, se había transformado en señora de importancia. Tendrían qué inventar una nueva fábula para explicar el robo del niño: eso tenía que hacerse con tacto, porque Pancho y la esposa ya no eran los muchachos ignaros de otro tiempo... eran gentes instruídas y discretas.

Dol Alberto y el nieto regresaron muy contentos: carpinteros y albañiles, todos los veinticuatro, habían firmado el contrato de emigración.

—Ahora, señoras mías, van ustedes á apadrinar veintiuna bodas, porque de las dos docenas de muchachos que me llevo, tres son casados de pocos meses. ¿Cuántas ahijadas quieres, Angelina?

—Por lo menos cuatro; son tantas...

—Usted, señora, ¿querrá entrar en la liza?

—¡Con mucho gusto! Apadrinaré otras cuatro, contestó doña Carmen.

—¿Y tú, hija mía?

—Llevaré también al altar igual número que llevan mis amigas, dijo Armida.

—¿Usted se animará también...?

—Sí, señor, seré madrina de todas las que usted disponga, repuso doña Toribia.

—Muy bien; ya hay para diez y seis.

—Yo conozco una antigua amiga, que servirá en eso con mucho gusto. Mañana voy á visitarla y se lo diré: cuente usted con seguridad con madrinas para veinte matrimonios, dijo Angelina.

—Puede contar con que sobrarán, porque Frasquita tiene una hija casada con un médico y vive en esta ciudad. Por cierto que sus padres, en memoria tuya, la bautizaron con el nombre de Angelina.

—Muy bien; tenemos las madrinas, ahora los padrinos: vamos á ver si formo buenas parejas, dijo Sorel riéndose. A don Prudencio no hay que molestarle; está ya muy anciano para levantarse temprano, y esos matrimonios se efectuarán de seis á siete de la mañana. Esa amiga de Angelina y el esposo, uno. La hija y el consorte, dos. Armida y Alberto, tres. Mi hija y el arquitecto, cuatro. Doña Toribia...

—Y el suegro de la pequeña Angelina, dijo doña Carmen.

—Usted y yo, terminó don Alberto, cerramos la cuenta de veinticuatro, tocando á cada pareja de padrinos cuatro ahijados; pero es el caso que los casorios no son más que veintiuno.

—Eso, saltó doña Toribia, se arregla muy bien. Puesto que sobran madrinas, yo salgo de las filas, me quedo en casa á preparar el chocolate para la vuelta de la iglesia, porque ¡claro! hay que obsequiar un desayuno á los desposados...

—Dice usted muy bien; alguien se ha de encargar de eso. A la pareja veintiuna ya le buscaremos acomodo: no le faltará padrino.

—Ahora, dijo doña Carmen, me permito nombrar, porque ustedes no los conocen, los cuatro sacerdotes que funcionarán en las ceremonias:

Don José María Carmona, don José Barroso, don José Remedios y don Chepito Ríos.

—¡Bravo!, dijo Sorel: ¡bien por los Josés! Ahora, mi señora, vamos con los templos; se necesitan cuatro, para que todos funcionen á la vez.

—Pues serán: la Parroquia del Salvador, el templo de las Clarisas, Santo Domingo y el de San Francisco.

—Perfectamente. Váyanse todas a tiendas y compren las telas para los vestidos de novia; lanillas finas con adornos de encaje y seda, guantes y mantilla blanca, sin olvidar el abanico... ¿Qué le parece señora? No estoy por las coronas de trapo; si quieren flores, que las lleven naturales.

—Abundo en sus ideas de Ud. La moda tiene ridículas exigencias, pero el que quiere puede muy bien no someterse á ellas. Le aseguro á usted que las novias irán puestas con sencilla elegancia.

—Los vestidos de los varones, yo me encargo de proveerlos.

—¡Cuidado, don Alberto! En días clásicos, llevan aquí los carpinteros ropa de paño fino, sombrero de copa, guantes y calzado de charol. Los albañiles son un poco más modestos, pero se encelarán si los otros van más lujosos...

—No tenga usted aprehensión: todos irán iguales. Ya comienza mi régimen socialista: igualdad para todos. Apenas compren las telas, distribuírlas entre las costureras. ¿Hay aquí taller de costura?

—Sí, señor, muy bueno.

—Pues entonces, lo mejor será enviar ahí las telas, encargando mucho la premura de la obra. Las ahijadas irán á tallarse sus vestidos. Importa que á lo sumo dentro de cuatro días comiencen las bodas. Ahora voy a la Curia á comprar las Proclamas.

—¡Ah! ¿no se amonestan?

—Nó, mi señora; eso pide muchos días. Tengo gran deseo de emprender mi viaje: es cosa que importa.

Doña Carmen guardó silencio. Sabía por qué don Alberto suspiraba por la premura del viaje: allá le aguardaban el Solitario del Bosque y la fundación de un pueblo, síntesis de la felicidad de su hija, y de la conversión de un millar de bestias en hombres.

Las telas se mandaron al taller: las jóvenes fueron á tallarse y, aunque las parroquianas eran muchas, las costureras, que no bajaban de doce, ofrecieron dar en tres días remate á la obra. Admiradas de tantas bodas, preguntaron algo á las jóvenes artesanas, contestando las más locuaces que se iban á viajar con sus maridos.

CAPITULO XXXVIII

VISITA A PANCHO Y FRASQUITA

Como quiera que doña Toribia no sabía absolutamente nada sobre la historia de Angelina, que para ella continuaba siendo Elisa de Mendoza, y si alguna vez la oyó nombrar con otro nombre creyó que tal vez era el segundo, no se la podía invitar al paseo á casa de los señores Umarán.

Determinóse que Armida y la antigua dama se irían á la Palmita, mientras las otras dos subían al pueblecito de San Vicente. Las cuatro, á las dos de la tarde, salieron juntas de la ciudad, pero al entrar en el barranco de Dolores, se dividieron. De allí se veía al lado opuesto, un poco en diagonal, una anchísima escalinata de piedra que terminaba en terreno cuadrangular, llano, en el cual crecían palmeras, de donde le vino el nombre de "Palmita." Hay allí un gran caserón, sin duda pertenencia de rancios pergaminos. La explanada exhibe árboles y flores, pero situada al pie de elevado risco, que la ensombrece, su aspecto es triste y solitario. Allí se encaminaron Armida y su compañera, en tanto doña Carmen y la suya siguieron al Oeste, barranco arriba. Mientras subían las vueltas, pocas y de pendiente suave, decía Angelina á su compañera:

—He cambiado tanto, amiga mía, que hoy siento gran repugnancia á mentir. ¡Si pudiera decirle le verdad á Frasquita...!

—¡Es imposible! ¿Te atreverías á delatar á tu marido?

—¡Ay nó! ¿Qué diría mi hijo si yo acusara á su padre?

—Esta será tu última amarga prueba: confórmate, amiga, no vayas á perder aquel valor que mostraste en la desgracia.

—¡Pero, Dios mío! ¿Qué le digo á Frasquita?

—Tú, nada! Yo hablaré por ti. Aparte la haré entender que el recuerdo del pasado te crispa los nervios. Y como ya estuviste loca durante el gran ataque... ella, que tanto te quiso, no insistirá en preguntar temerosa de causarte trastorno. Veremos si yo sé también forjar novelas... Tendré cuidado de imponer á Pancho, y mientras invento mi historieta, él te conduce á ver la huerta, que es un portento de producción. No me olvidaré de encargarle que no te hable nada de lo ocurrido, porque estás delicada de la cabeza y esas remembranzas te dañan. No pienses en ello, todo saldrá bien: vale la pena hacer el último esfuerzo para dejar bien sentado el nombre de tu esposo.

Ahí la señora ponía en práctica el terrible aforismo aquel de que "el fin justifica los medios." ¡Pero qué medios tan inocentes y sencillos iba ella á emplear! Si así fueran todos, bien pudiera adoptarse sin escrúpulo esa sentencia, que no pocas veces ha causado desastres... Aquí los medios no dañaban y el fin era superior. La señora no hubiera empleado otros...

Al llegar á la casa, un fiero, hermoso perro, encadenado, ladró desaforadamente. Al punto salió Pancho al umbral, diciendo:

—¡Silencio, Piramo! ¡Ah, mi señora! ¿es usted? ¿Por qué ladra este bruto, que ya la conoce?

—Debe ser por mi compañera.

—¡Ah, vamos! y esta señora... Pancho se detuvo asombrado. Si pudiera creer que vuelven los muertos...

—¿Dirías que Angelina resucitó?

—Es tan grande el parecido...

—Pues no dudes más, Pancho: tienes en tu presencia á la misma Angelina Sorel.

—¿Qué escucho...?

—¡La verdad!, dijo Angelina, adelantándose y estrechando la mano á su antiguo sirviente.

Este, aturdido, no dijo a las damas que pasaran adelante, sino que corrió al interior dando gritos por Frasquita.

—¡Frasquita! ¡Frasquita! La señora vive! Está aquí! Está aquí! Corre!

El excelente Pancho, que si ya era hombre instruido, conservaba intacta la buena índole de antaño, estaba medio loco de alegría. La esposa, sospechando allí algo de trastorno mental comenzaba á sofocarse, pero apareciendo en la sala las dos señoras, pusieron punto final al susto. Frasquita miró con fijeza un momento á la recién llegada, y en

seguida arrojóse en sus brazos vertiendo lágrimas de júbilo, que su antigua señora acompañó, deplorando en su fuero interno, no poder espontanearse con esa amante y fiel doncella de otro tiempo. Pero, no había otro escape para que César quedase libre de acusación. Doña Carmen, preludiando su papel de embustera, mientras las dos mujeres se abrazaban efusivamente, deslizó en el oído de Pancho algunas palabras que éste contestó con signos de aquiescencia.

Frasquita, volviéndose á la dama, dijo:

—Dispéñseme, señora; esta imprevista gratísima sorpresa, medio me ha trastornado: ni siquiera la he saludado á Ud., y dió la mano á doña Carmen que repuso:

—El caso no es para menos.

Y sentáronse todos á descansar un poco, porque el paseito de las damas no dejó de ser un poco largo.

Durante el interregno, Angelina pudo hacerse cargo de la actual buena posición de sus antiguos domésticos. La sala, decorada con elegante sencillez, demostraba el gusto artístico de sus dueños. Sobre la consola, que sostenía un buen espejo, había bonitos floreros conteniendo hermosos ramos de flores finas, que exhalaban gratos perfumes, sofá, sillas y sillones de mimbres, el piso lustrado y algunas pequeñas alfombras esparcidas acá y allá. Sobre otra consola fronteriza á la primera, había un hermoso cuadro alegórico de iguales dimensiones del espejo. Allí veíase un labrador joven, cogiendo con la mano izquierda un haz de espigas que simulaba segar con la hoz que empuñaba en la derecha; en derredor, perdiéndose en lontananza, extendíase el campo cubierto de mieses en sazón. De lo alto descendía una Deidad alada, trayendo en sus manos una corona de oro, que ya casi tocaba la cabeza del segador. La alegoría se interpretaba fácilmente, no obstante, al pié del cuadro había esta inscripción:

“La Prosperidad coronando al Trabajo”.

Delante, sobre la consola, había un grupo de bronce antiguo con dos figuras que representaban el trabajo y la instrucción dándose la mano: en la base se leían esos dos nombres. He aquí como Pancho simbolizó las dos grandes causas que de modesto sirviente le convirtieron en hombre de **viso**. Antes de hablar del pasado, Pancho llevó á Angelina á ver su casa, el cuartito Biblioteca donde él hizo, y aún hacía sus estudios. Ahí estaba el gran cartelón y reloj despertador. Doña Carmen conocía todo eso y Frasquita, á fuer de señora bien educada, no podía dejarla sola. Sabiendo bien la señora que si se quedaba, la otra no se iría

quiso aprovechar la oportunidad para poner en autos á Frasquita. Encargóla, pues, el silencio sobre el pasado.—Ya te contaré, añadió, cuando Pancho y ella vayan por ahí á ver algo de la heredad.

—Vaya, amigos, dijo Angelina entrando, vosotros no habéis olvidado el trabajo por el estudio, ni el estudio por el trabajo: así se hace; os felicito por ser dueños de esta casa tan bonita, rodeada de ese hermoso jardín cuyos perfumes se aspiran desde aquí.

—Pues eso no vale nada si se compara con la huerta. Si la señora quiere ver un paraíso de frutales, Pancho puede llevarla allá... yo me quedaré con doña Carmen, para quien no es nuevo ese conocimiento, que hartas veces visitó la huerta.

¡ Miel sobre hojuelas !

Pancho se apresuró á acompañar á la señora dirigiéndose ambos á la huerta.

En seguida doña Carmen, narró á su oyente todo lo dicho por Sorel á Carmona, respecto á la salvación de Angelina y su encuentro con el padre y el hijo en el Manicomio.

—Pero señora ¿Albertito pareció?

—Si hija, el joven y su abuelo están ahí cerca, en la ciudad.

—¡ Qué dicha para la señora ! ¿ y don César ?

—Pareció también. Pero está allá lejos, en el Brasil.

—¡ Ah ! muy largo ! Tierra de portugueses ¿ verdad ?

—¡ Sí ! veo que estás fuerte en Geografía.

—Un poco, no mucho.

—Pero á estas horas, á pesar de la distancia, César sabe perfectamente que su esposa y su suegro viven y van pronto á incorporarse con él. Hace pocos días le pusieron un Parte cablegráfico; al leer ese Cablegrama su asombro y alegría habrán sido muy grandes. Ahora te diré lo del robo del niño. Pancho estaba en lo justo cuando sospechó que el niño fué secuestrado. Aquellos días antes de la desgracia, llegó á nuestro puerto un bergantín con pabellón americano, cargado de harinas y otros comestibles que pronto vendió en el Mercado. Pero esas gentes eran, aunque no lo parecían, ladrones de mar...

—¡ Ah, piratas !—dijo Frasquita.

—Justamente. Sabían, porque esa clase de gentes tienen espías que averiguan dónde hay probabilidad de dar un buen golpe, que un caballero estaba á punto de llegar de las Indias Orientales, con una fragata propia cargada de rique-



zas, y que ese señor tenía esposa y un niño pequeño. Aquella noche funesta, el Capitán y otro compañero, ya bien informados de cual era la casa donde darían el golpe, saltaron á tierra: abrieron con ganzúa la puerta trasera, y provistos de linterna sorda, lo primero que vieron fué á María, tranquilamente dormida, la cual no despertó porque ellos tenían buen cuidado de no hacer ruido alguno: allí no estaba el niño: estaría arriba. Subieron por la escalerilla llegando al aposento, y sacando al dormido niño de la cuna, ya se lo llevaban, cuando los lloros del pequeño hicieron despertar á la madre que ya iba á gritar pidiendo auxilio, cuando uno de ellos quiso ahogarla, y, como sabes, casi la estrangula. Angelina en el acto perdió el sentido. En seguida se llevaron al pequeño, pero como seguía llorando, despertaron á María: el niño tendió los brazos hacia ella, y viendo que aquella mujer sería muy útil para cuidar la presa la forzaron á vestirse y á seguirles, amenazándola revólver en mano, si daba una sola voz. La infeliz tuvo tiempo de echar mano al crucifijo y á la imagen de las Nieves, y echándose el manto, cogió al pequeño, que se calló al punto. Así fueron conducidos abordo en una lancha que, á prevención, aquellos malvados tenían dispuesta. En seguida zarparon con rumbo á New York. Pero aquí, en la ciudad, dejaron como espía uno de los suyos para que les avisara la llegada del padre del niño para entonces escribirle pidiéndole muchos miles por el rescate de su hijo. Ahora bien, como pasaban meses y la fragata no llegaba, el espía se iba al muelle todos los días á saber noticias. Ya había sucedido la desgracia del incendio, cuando las gentes del muelle comenzaron á sospechar algo anómalo en la conducta de aquel sujeto que á diario tomaba informes sobre la tan esperada fragata. Comunicaron sus sospechas al Capitán del puerto, el cual, á su vez, informó al Jefe Político. Éste comprendió en seguida que en efecto aquel extranjero, con esas investigaciones y su permanencia en la ciudad, sin ocupación alguna, debía reconocer alguna causa non santa. —

En consecuencia, hízole comparecer a su oficina haciéndole sufrir un largo interrogatorio en el cual, el pobre diablo se contradijo varias veces. ¡Ya no había duda! ¡Aquel hombre era un criminal!

El Jefe, compaginando fechas, entendió que la estancia de aquel sujeto en la ciudad coincidía con la desaparición del niño de don César. Una idea luminosa cruzó su cerebro preguntándole de improviso.

—¿Tuvo usted parte en el robo del hijo del señor esperado de las Indias?

El otro se estremeció visiblemente, contestando:

—Yo, no señor, fue el Capitán....

—¡ Ah! muy bien; diga Ud. toda la verdad y en cambio ofrezco dejarle libre.

—Pero si acuso al Capitán, yo no podré volver a donde me espera porque me mataría si sabe que lo descubrí.

—Pues no vuelva Ud. con él. Yo le facilitaré medios para irse a otra parte, pero es con la condición de que Ud. confiese con sinceridad todo lo pasado.

El espía refirió todo lo ocurrido añadiendo que si querían recobrar al niño lo hallarían seguro en New York, en un hotel cerca del muelle.

El funcionario entregó al testigo una cantidad con que pudiera dirigirse á Cuba, aconsejándole cambiar de vida porque, "quien mal anda mal acaba". Cosa que el otro ofreció, pues, según dijo, esta última aventura le había hecho pensar mucho. Así se despidió, saliendo de la Palma en el primer barco que zarpó para la gran Antilla. Ahora bien, la demora de César consistió en que al doblar el Cabo de Buena Esperanza, sufrió una gran tempestad y hubo de descargar la fragata para componer las averías en la Colonia del Cabo. Es probable que de allí escribiera á la esposa pero también que la carta se perdiera porque Angelina nunca tuvo noticia de tal desastre. Tres meses después llegó la fragata á Tenerife. Por unos amigos palmeros que encontró en Santa Cruz supo César todas las desgracias ocurridas, noticia que le puso á punto de enloquecer. No queriendo creer tanta calamidad, preguntó por el cable, á su particular amigo don Manuel Benavides, Gobernador de la Palma, qué era lo que había sucedido en su casa. Antes de tres horas leía un extenso cablegrama del Gobernador, detallando los sucesos y aconsejando al amigo se reembarcase en seguida para New York, donde hallaría á su hijo en un hotel cercano al puerto. Más muerto que vivo, César emprendió viaje á la gran República. Al llegar fuese al primer hotel del puerto, pero al ir á entrar oyó una voz que le llamaba casi gritando, miró en torno y al fin levantó la cabeza viendo en la ventana de un cuatroy piso a una mujer. ¿Quién me llama? ¡ Soy yo! María! Suba Ud. pronto, que me tienen aquí encerrada con Albertito.

César llamó dos policías y allanando el hotel lanzóse escalera arriba seguido de la guardia. Dieron fuertes golpes á la puerta, mientras María decía de dentro que el hombre que los tenía allí trancaba con llave, se iba y no volvía hasta la tarde. La cerradura fue rota y la pobre anciana cayó

en los brazos del querido hijo César. Albertito sentado en las rodillas de su padre miraba muy asombrado: sus tres años no le permitían entender nada de aquello.

El hotelero, muy disgustado del suceso, que podía acarrear menoscabo á la integridad del establecimiento, rogó que se dejasen allí los guardias civiles hasta la vuelta del esquileo que tenía presos á la señora y al niño. Así se hizo, ocultándose los policías en la trastienda, no fuera que al retornar el malhechor los conociera por su uniforme y escapase antes de echarle el guante. Dos horas después el buen sujeto fue apresado y conducido á la prevención.

En tanto, César informó á María de la terrible muerte de Angelina. Esta deplorando tal desgracia, dijo:

— ¡Quién sabe si la señora se salvaría...! Y sacando del bolsillo la pequeña imagen, añadió: me la traje cuando nos robaron allá; todos los días la he rogado por nuestra liberación. Ese ruego ya fué oído por la Virgen. Ahora la pediré todos los días que parezca la señora: nadie la vió muerta. ¿Quién sabe...?

Después de aposentar cómodamente á María y al niño, fué César á la Prevención, obteniendo ver al preso. Este bajo promesa de perdón confesó de plano, y así supo todo lo ocurrido la noche del robo. No estaba César en estado de castigar: su profundo dolor por la muerte de Angelina, le inclinó al perdón, y á ruego suyo el preso fue puesto en libertad con orden expresa de salir inmediatamente del país. César le dió una cantidad; al fin le había entregado a su hijo sano y salvo, exhortándole á dejar su mala vida y seguir la senda del bien. Después supo, que el buque pirata se alejó del puerto á todo trapo y que el Capitán no iba en él. Con la prima ganada por su íntegra confesión, se internó muy lejos en uno de los Estados más distantes de la Confederación. Se hizo ganadero y muy pronto sería un miembro útil de la sociedad. El buen trato mejora á los hombres.

En tanto, César informó á María de la terrible muerte al Brasil con su hijo y María. Allí han vivido muchos años hasta que don Alberto que, como sabes, viajaba por todas partes en busca de su nieto, tuvo la dicha de hallarlos en un bosque donde habitaban haciendo vida solitaria. Se refirieron mutuamente sus aventuras, de las cuales sólo lo que atañe al robo del niño, me contó don Alberto. Me ha ofrecido referirme su larga historia en la última velada que pasemos juntos. Va á civilizar por allá un pueblo de salvajes, que casualmente conoció en sus largas correrías. No parece sino que la Providencia ha premiado con antelación

esa obra filantrópica, recompensándole con el hallazgo de una hija á quien por tantos años creyó muerta. César consintió que Albertito acompañara á su abuelo en este viaje, para que conociera su patria. Ya sabes como se reconocieron en el Manicomio.

—¡Cuánto ha costado la reunión de esos señores! Lo único que me extraña es que de Santa Cruz no enviaran á preguntar aquí quién era esa loca que llegó allá.

—Según le dijo á don Alberto, el Director del Manicomio, sí se gestionó algo sobre el caso: de aquí contestaron que de la ciudad no se tenía noticia que faltara mujer alguna, si acaso sería de algún pueblo del interior. Luego, la goleta que condujo á la loca no volvió á la Palma. Su Capitán se la llevó á Cuba donde la vendió; y allá se quedaron por mucho tiempo él y la tripulación. Por manera que el suceso cayó en olvido y no volvió a mentarse para nada.

—¡Al fin será feliz la pobre señora, que bien lo merece!

—¡Así sea!—terminó doña Carmen, pensando que allá en su juventud pudo haberse dedicado a forjar novelas, puesto que ese relato incidental tenía trazas de verosimilitud exigidas al inventor.

Ya libre de aquel ficticio enredo, fuese con Frasquita á la huerta, donde Angelina y Pancho sentados en rústico sofá, bajo la protectora sombra de un naranjo florido, departían no sobre el pasado, sino sobre el presente bienestar de esos dos muchachos que salidos de abajo, subieron con honrado esfuerzo á la altura de sujetos bien acomodados y de instrucción poco común.

Angelina habló de las muchas bodas que iban á efectuarse dentro de pocos días, convidando al matrimonio á llevar al altar cuatro ahijados en dos días. Propuesta que aceptaron gustosos.

—Si es posible deseo que tu hija y el esposo apadrinen otras cuatro bodas. Con ese motivo tendré el gusto de conocerlos.

—Puede Ud. contar con ellos. No tiene más que avisarme el día y allá estaremos.

Frasquita tenía un hijo ya grande interno en el Colegio, tres menores en escuela primaria. Estos llegaron después de las cuatro: era la hora de comer. Las señoras por más que las rogaron quedasen á comer, apenas aceptaron un panecillo de mantequilla y una copa de vino. Pancho quiso acompañarlas a la ciudad, pero ellas se opusieron, y él cedió por el gran deseo que tenía de que Frasquita le refriese su plática con doña Carmen. Se despidieron hasta que Angelina les avisara.

Esta, mientras caminaban, preguntó:

—¿Cómo ha salido Ud. del paso, amiga mía?

—Muy bien; con la verdad reforzada con algunas mentiras ha quedado el asunto bien sentado, y eso que es la primera vez que invento patrañas, á no ser aquellas pocas que te dije cuando el robo de Albertito. Decididamente algunas facultades se desarrollan con los años, o bien será que la imaginación inventiva se tuvo siempre, pero no habiendo necesidad de hacerla funcionar, allí se estuvo adormecida hasta que llegó el caso.

Hablando de esas y otras varias cosas, pasaron el camino en poco tiempo, llegando á su casa donde ya doña Toribia y armida descansaban del paseo á la "Palmita."

CAPITULO XXXIX

LA VUELTA AL BRASIL

Tres días después todas las ropas de los novios estaban listas. Al siguiente, ellas vestían elegantes trajes de lanilla con adornos de raso y encaje; sencillo velo de punto, guantes blancos y abanico de nácar: bien peinadas, lucían en el pelo, ya rosa blanca, ya camelia o azahar, todo natural; ellos estrenando ropa de paño fino negro, botas de charol, guantes blancos y sombrero de copa. Las madrinas del primero y segundo día fueron doña Carmen y Angelina, Armida y Frasquita, previamente avisadas.

En cada templo celebráronse á la par dos himeneos, por manera que en dos días se efectuaron dieciseis matrimonios. Dos horas duraban esas ceremonias. Ya terminadas, los padrinos conducían á sus ahijados al Hospicio, en cuya gran mesa de comedor, preparaba doña Toribia buen desayuno de chocolate, bizcochos y pastas finas. Don Alberto, consecuente con su sistema igualitario, había regalado á las tres parejas casadas anteriormente, igual indumentaria que á las otras; así es que estaban en disposición de poder servir de padrinos, y lo fueron de tres de las cinco parejas que aún restaba conducir al templo. Las otras dos se destinaron á Juanelo y la esposa. Al tercer día, á las siete en punto, presentáronse éstos vestidos de **rompe y rasga**. Angelina, morena resalada, como antes se ha dicho, vestía traje de raso color rosa, mantilla blanca, guantes de igual color y bonito abanico de plumas: los numerosos estrechos y finos encajes que adornaban la falda, completaban la elegancia de ese traje, que sentaba maravillosamente á su dueña. Juanelo, con sus gafas de ancho marco de oro rodeando los cristales un tanto azulados—ya se sabe por qué—su bastón

de borlas y demás atavío de satén negro, estaba muy galán: los dos formaban bonita pareja.

Angelina Sorel abrazó á la otra Angelina, felicitándola por el buen gusto de su vestido. Después la presentó á Armida, quedando las dos jóvenes prendadas de su mutua belleza; aunque de género diferente, eran dos beldades. Ya antes Frasquita, Armida y doña Toribia habían cumplido entre sí esa costumbre social de presentaciones. Doña Toribia quedóse sin ahijados, lo cual fue de su gusto, porque á esa señora le gustaba más trastear con chocolates y ricas pastas. No hay para qué decir que las desposadas eran todas guapas. Esos casamientos se efectúan todos por amor, y no se ama en la juventud sino algo que sea bello. En aquel pueblo se hallan entre las artesanas, muchas jóvenes más bonitas que en las clases más elevadas, sólo que éstas pueden vestir con elegancia, y ya se sabe lo que puede el vestido, y las otras nó; aunque, para los días clásicos, casi todas tienen en reserva bonita indumentaria; en tales casos compiten ventajosamente con las vanidades de más alta categoría. Como de las familias de los respectivos novios, solo asistieron uno que otro padre ó hermano á las ceremonias, quiza por falta de tiempo, ó de dinero para alistarse debidamente, los padrinos se cuidaron de enviar á cada casa un plato de boda. Fué estipulado que las parejas seguirían habitando sus respectivas habitaciones hasta el día del embarque. Así se efectuó.

Ya terminado el gran negocio de fundar familias, don Alberto fuese en casa del consignatario americano, informándole éste que al día siguiente llegaría un gran vapor inglés, que apenas se detendría en el puerto veinticuatro horas, zarpando en seguida para la América del Sur. Don Alberto muy complacido con la noticia, avistóse con el Arquitecto, el cual se encargó de avisar á los muchachos que alistarán sus baúles, pues el embarque se efectuaría en el corto lapso de cincuenta y seis horas. El hermoso barco fondeó veinticuatro horas después del aviso á los emigrantes. Sorel y Carmona, acudieron á tomar la gran cantidad de pasaportes—nada menos que cincuenta y cuatro.—El capitán dijo que de primera, sólo podía disponer de cuatro; respecto á los de segunda todos los que quisieran.

—Muy bien; me conformo con ir en segunda.

—¡Alto!—dijo el Arquitecto—Ud. es el Gerente de la Compañía, y debe ir en primera acompañando á las señoras,

—¡Bueno, no reñiremos por eso! Pero más quisiera cederle á Ud. el puesto.

—No puede ser. Un hombre como Ud. no debe cometer esa incorrección; sería dar principio á la Obra Magna con una imperdonable falta de urbanidad.

—Cedo; no hablemos más de ello.

Numerosa concurrencia acompañó á los viajeros hasta el muelle. Doña Carmen, Frasquita, Pancho y los esposos Juanelo estaban allí, como asimismo, padres, hermanos y parientes de los artesanos. Toda esa gente formaba una compacta reunión, aumentada por amigos de los viajeros y por otros curiosos que solo por la novedad del caso, ocurrieron á presenciar el embarque. El doctor llegó á última hora.

Comenzaron las despedidas. Sin escasear lágrimas y abrazos, se oía por todas partes: Dios te lleve en bien. Escríbeme pronto: No te quedes por allá: Vuelve para el año que viene: No me olvides. . . . Aquello era interminable. Angelina al despedirse de doña Carmen, díjola al oído.

—Cuenta Ud. mi historia á Corina y Adela, pero le ruega que no acuse á César.

—No tengas cuidado; ya sabes que me he vuelto novelista.

Volviendo á estrechar en sus brazos á la excelente amiga, despidióse, diciendo:

—¡Hasta después! Volveré de paseo con César.

Apretó cariñosa y efusivamente la mano de don Prudencio, abrazó á Frasquita y á la joven Angelina, y estrechando la mano á Pancho y Juanelo, subió al vapor. Armida y doña Toribia, que ya habían hecho sus despedidas, estaban sobre cubierta. Albertito se embarcó con ellas: sin duda temeroso de que el mar se llevara á la joven como antaño se la llevó el río, no la perdía de vista.

Don Alberto y Carmona estaban á retaguardia, esperando algo impacientes el término de las prolijas despedidas. Al fin, viendo humear las chimeneas. . .

—¡A bordo! ¡A bordo! todo el mundo—gritó.

Los emigrantes todos subieron de prisa y los dos caballeros despidiéronse de sus amigos, embarcándose en el acto. Levaron anclas y, á todo vapor, la gran nave surcó las ondas. Los blancos pañuelos de nuestros emigrantes tremolaban contestando á los muchos que en el muelle flameaban en señal de última despedida. . . .

¡Ah, el adiós á la patria es muy doloroso!, y más si se considera eterno. . . . Nuestros viajeros no volverían nunca á pisar el patrio suelo!

Los primeros días de viaje imperó el mareo, tan insoportable como higiénico. Al cuarto, todo el mundo estaba

en pie, menos doña Toribia, cuyo estómago no aceptaba sino la tierra firme; algunas horas de paz y vuelta á la rebelión. Casi todo el viaje lo pasó en esas desagradables alternativas. Cuando al mediar el día el piloto extendía el plano sobre cubierta para medir las distancias, acercábase la pobre señora preguntando tímidamente:

—¿Por dónde vamos? ¿Falta mucho?

El otro sonriendo ponía el dedo sobre una línea llena de puntos, contestando:

—Ya vamos por aquí, en llegando allí termina el viaje.

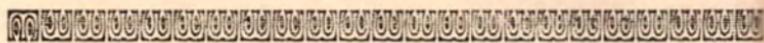
—¡Ah, pues entonces ya estamos cerca!

—¡Ya lo creo—decía el piloto con sorna.

No sabía ella que los mentados puntitos tenían entre sí veinte leguas de distancia, y se alejaba contenta: eso espantaba las náuseas.

Las señoras y don Alberto, iban en primera como se sabe, con otros muchos pasajeros; pero el capitán, sabiendo que el Arquitecto y Albertito iban en segunda por falta de local en primera cámara, permitíales subir á la toldilla que no da acceso á los pasajeros de segunda. El viaje efectuábase con toda felicidad. Sin duda el viejo Eolo prohibió á sus revoltosos hijos acercarse al vapor, porque no sopló ni el más ligero vendavalito; solamente el pariente Céfiro y su pequeña, alegre hermana la Brisa, visitaron á los simpáticos emigrantes.

Al pasar la línea sufrieron calor excesivo, al que no estaban acostumbrados. Ahí era de verles tirar sacos, chaquetas y chalecos quedando en mangas de camisa mojada y pegada al cuerpo por la fuerte traspiración. De buena gana se hubieran quedado desnudos.... pero eso no.... Ellos, que iban á civilizar taparrabos, ¿habían de imitarlos? Las muchachas, no menos sofocadas, arrollaban las mangas de sus camisetas por sobre los codos, doblando el cuello hasta formar escote en forma de corazón, quedando así en traje de baile. En esos ardorosos días, don Alberto, el nieto y Carmona, acudían solícitos á salvar la situación. Provistos de un gran balde de ponche helado y de sendas canastas llenas de vasos, iban repartiendo entre ellos y ellas, la refrigerante poción. Al caer la tarde, cuando el sol declinaba lanzando oblicuamente sus rojizos rayos sobre las movibles ondas, aparecía el amable Céfiro, acariciando á los viajeros que le recibían á golpe de orquesta.



CAPÍTULO XL

LLEGADA A RIO JANEIRO

A esa hora de fresco ambiente, los carpinteros empuñando sus respectivos instrumentos, después de ponerles acordes, comenzaban la parranda. Ahí era de ver el regocijo de esas buenas gentes. El albañil Rubén, con buena voz de bajo, improvisó una especie de quintilla, si no poética, verdadera:

“La Patria quedó allá.....
¿á qué llorar por ella?
Mejor, sin olvidarla,
canciones ofrendarla,
y luego Dios dirá.”

Sentados todos sobre cubierta, respaldados contra la borda, seguía el “jolgorio.”

Oye, Julita, tú eres buena **cantaora**, echa una copla.

La gallarda muchacha, sin hacer dengues, con voz naturalmente bien timbrada, cantó:

“¡Adiós, ciudad de la Palma!
Hoy me separo de tí.
Para otras fuiste madre
y madrastra para mí.”

—¡Bravo! ¡Bien, bien! Pero esa cuarteta pide otra de desagravio. Ea, Araceli, improvisala tú.

—Pues tocad unas seguidillas y ya veremos qué invento.

Al instante los tañedores cambiaron el aire tocando lo pedido. La joven improvisó cantando por lo alto:

“¡Adios Patria del alma!
¡Yo te venero!
Pero en tu suelo ¡oh! Palma,
falta el dinero...”

Y es importante,
ganarlo en otra tierra
más abundante.”

—¡Bien por el desagravio!—dijo uno.

—Y que es la pura verdad—añadió otra.

—Oye, Adela, y tú, Alicia; cantad á dúo unas playeras.

La orquesta cambió de tono y las muchachas elevaron á dúo sus voces argentinas:

“Cuando salió el sol brillante
dando luz á la pradera,
te ví, joven hechicera,
destellar como el diamante.”

El canto salió á maravilla; una de tiple, otra de contralto, las muchachas se lucieron. Los marineros, que atentos escuchaban, eran ingleses, pero medio chapurraban el español—luego el oído no necesita idiomas para apreciar las melodías, aquí es que lanzaron un ¡hurrah for Spain!

—Vamos, señores—dijo Víctor el carpintero—¿quién sabe aquí romances?

—Yo, yo, saltó la graciosa Emilia, sé uno de la Condesa y la Reina mora.

—¡Caracoles! ese debe de ser de pé y pé.

—¡Arriba, con la reina y la condesa!

—Pero se canta al son de la pandereta, dijo la ponente.

¿Dónde tienes la tuya, Ana Rosa?

—En el camarote: voy por ella.

La joven fuese corriendo á traer lo pedido que pronto entregó á Emilia. Esta, empuñando el instrumento de repercusión, dijo al auditorio:

—Yo guío y ustedes á coro contestan el estribillo; ya sabéis que ha de asonantar con el romance.

—¡Sí, sí!; al avío.

“Rom.—Van el Conde y la condesa

Los dos á una romería

Coro.—Que linda, María linda,

linda, que linda, María.

Rom.—A pedirle á Dios del Cielo

Que les conceda una hija,

Coro.—Que linda, María Linda,

linda, que linda, María.

Rom.—Que le heredara los bienes

que herederos no tenían.

Coro.—Que linda, María Linda,

linda, que linda María. etc., etc.

—¡Bravo! gritó el coro, eso de que la condesa era hermana de la reina mora ¡es cosa superlativa!

—¿Y será verdad?—preguntó la salada Graciela.

—¿Y por qué no?—repuso Jaime el ebanista, de menos hizo Dios á Cachete, que lo hizo de un puñete.

Algunos albañiles, como no eran tañedores, deseaban cuentos.

—Muchachos, dijo León, ¿no hay aquí quien sepa cuentos?

—Si tal, contestó la gentil Clara: me sé de memoria las "Mil y una noches".

—Yo leí y sé los cuentos de Ana Realif, pero son espeluznantes. Dan miedo. Dicen que cuando la autora los escribía hacía sentar al marido al lado de ella para ahuyentar el terror que la producía lo mismo que estaba inventando.

—¡Caramba! que pavoroso será eso. ¿Cómo leiste esos horrores?

—Me animé, dijo Ana, porque la autora tiene mi nombre, y porque me gusta leer todo. Pero, eso sí; desde que comencé las historietas, corría á trancar todas las puertas y ventanas del cuarto, no fueran á entrar por allí aquellos duendes, fantasmas y siniestros ruidos que abundan en los cuentos.

—Pues entonces, dijo el marido, no cuentes eso, no sea que resulte por ahí algún patatús, ó mal de nervios. Vamos con las Mil y una noches: ahí habrá paño para mangas.

—¡Ya lo creo! dijo Clara, contaré el primer viaje de Simbad el marino. Ana que relate el segundo.

Fueron, pues, referidos los dos episodios en que lo fantástico está á la orden del día.

—Muy bonitos los cuentos. ¿Y en qué paró ese Simbad?

—Hizo muchos viajes más, pero esos los contaremos mañana.

—Muy bien. Ya se acerca la noche: terminemos el día con una Jota Aragonesa, cantada por todas las mujeres y hombres que la sepan.

Dicho y hecho; siguiendo el dictamen de Rogelio, resonó una cascada de alegres notas en que el requinto, el clarinete y la flauta sobrepusieron su armonía á la de los instrumentos de cuerda. Nuevos Argonautas, sirenas y del-fines se paraban á oírles. Acompañando ese aire de insuperable alegría, eleváronse unísonas muchas voces femeninas y masculinas, cantando á la letra:

“Han sonado tres palmadas
Ya es cerca de anochecer
¿Y tan de prisa te pones
El manto y el guardapéis?
¿A dónde vas niña?—
¡Madre no me riña!
Que voy á rezar
A la Virgen del Pilar,” etc., etc.

Esta vez los marineros haciendo piruetas, no se contentaron con ¡Hurrah for Spain!, sino que ofrendaron á los músicos y cantantes, un diluvio de palmadas. ¡Bien por los ingleses entusiastas de lo bueno!

Estas escenas repetíanse todos los días entre los alegres emigrantes. Panacea, la hija predilecta de Esculapio, derramó sobre los viajeros gran parte de su elixir inmortal... Allí no hubo ni un dolor de muelas: apenas mareo; pero ese, por más insufrible que sea, no es una enfermedad: es un sufrimiento transitorio que da por resultado mejorar las funciones de la economía animal.

Doña Toribia, echando de ver que la distracción ahuyentaba sus persistentes náuseas, íbase con frecuencia á ingresar en el grupo de gente alegre, que la recibían con respetuosa deferencia. Allí echaba su cuarto á espaldas perorando sobre acontecimientos de antaño.

—¡ Ah! suspiraba, se dice por ahí que los tiempos viejos eran mejores: no creáis tal patraña, amigos míos. Yo conozco muy bien los usos y costumbres del pasado, y puedo asegurarles que lo moderno es mejor que lo antiguo. Figuráos que mi esposo—¡ que santa paz haya!—me llevó á Madrid años después de la Independencia, que por entonces todo aquel pueblo loaba á los liberales, tanto que en casi todas las casas había un retrato del ínclito caudillo don Rafael del Riego, ante la cual se ponían flores y se encendían velas, como si fuera un santo. Considerar que ese gran General y todo su partido eran acérrimos defensores de la libertad del pueblo; que sacaron de la prisión á su rey y lo asentaron en el Trono, en la santa creencia de que el Soberano juraría la Constitución, elaborada por aquellos patriotas, cosa á la cual se negó rotundamente declarándose Rey absoluto; aunque más tarde, por miedo á la Revolución que ya surgía, hubo de jurarla, no leal, sino falsamente. Contemplad cómo un francés, Ministro de la Guerra, en su propia nación, gran escritor de novelas sentimentales, pero de malos sentimientos él mismo, echa sobre España un ejército de cien mil

hombres para fortificar el poder absoluto. El número mayor venció al menor. El Rey, con tal auxilio, hizo pedazos la Constitución, y comenzaron las persecuciones contra los liberales. No faltaron prisiones ni patibulos á los grandes defensores del pueblo. Este, fanatizado por arengas incendiarias, cambió como veleta hasta el punto de gritar por las calles: “¡Viva el Rey absoluto! ¡Vivan las caenas!”.

El gran patriota Riego, murió en el cadalso; y ese pueblo, que poco antes le adoró, trataba de hacerle pedazos en el trayecto de su “calle de amargura...” Por aquellos días los liberales fueron fusilados á granel...

—Pero mi señora, perdone si la digo que pongo en duda esa ferocidad de mis compatriotas.

—Señor mío, Ud. lo duda, porque según entiendo, no conoce los relatos históricos de aquellos funestos tiempos; añadiendo que, para afrenta de nuestro siglo, llamado de las luces, el año veintiséis aun funcionó el horrible tribunal de la Inquisición, efectuándose en Valencia un auto de fe, ó sea la quema de gente viva; y le afirmo también que todos esos siniestros proceder del absolutismo en nuestro tiempo, son flores, son poca cosa, comparados con otros más horrendos, ejecutados en reinados anteriores.

—Entonces nuestros Reyes han sido muy malos?

—Todos nó: hay entre ellos uno que fué Santo; otro por sus crueldades le pusieron el mote de “Demonio del Medio día”, no podía ser menos por la mucha gente que pereció en las llamas de la Inquisición, durante su reinado.

—¡Qué horror!—dijeron las jóvenes.

—No tengáis cuidado, añadió la Profesora de Historia, si sois compatriotas de aquellos tiranos, no sois sus contemporáneas. Los reyes actuales y los que les sucedan, son y serán mejores; reinan por la Constitución, y ésta no permite que los Gobernantes atropellen al pueblo. La ignorancia de las masas ha contribuido mucho á que el despotismo funcione. Siempre se procuró tener al pueblo envuelto en las tinieblas de la ignorancia, creyendo ciegamente los gobiernos que así le llevaban mejor por la brida. ¡Error grave! que sólo consigue que no tenga firmeza alguna de carácter, y pueda amar y aborrecer, casi simultáneamente, hoy lo bueno, mañana lo malo. Buenas pruebas de esa afirmación dio algunos años después esa veleidosa colectividad, cuando, muerta de hambre, abandonó el absolutismo, aliado del sacerdocio, y lanzándose cuchillo en mano, allanó los conventos, degollando á diestro y siniestro cuantos frailes halló á su paso.

—¡Jesús, María y José! dijeron algunos oyentes, ¿mataron á los frailes?

—Sí, señores.

—¿Y por qué?

—Porque defendían el absolutismo y porque el pueblo estaba hambriento y flaco y los frailes gordos y regalados.

—La cosa fué atroz! pero casi tuvo razón esa gente, dijeron algunos.

Doña Toribia pudo continuar su oratoria histórica, pero, como después de la Tragedia conviene el Sainete, para divertir los ánimos, rogó á su auditorio que entonara un alegre canto. En el acto los tañedores, empuñaron los instrumentos elevando las patrióticas notas del Himno de Riego, cantando magistralmente, al unísono.

¡Soldados, la Patria...

Cartucho al cañón!

Constitución ó muerte, etc., etc

Era un homenaje rendido á uno de los grandes Mártires de la Libertad... Las ondas sonoras arrebatadas en alas de la fresca brisa de la tarde, acaso fueran á repercutir en la mente atrofiada de algún flamante desertor recordándole un pasado luminoso, hundido en las tinieblas del retroceso...

Mientras los jóvenes artesanos se divertían con su música, cantares, cuentos y romances, la gente de popa sentada en la toldilla, complaciase en oírles.

Ya cercanos al Brasil, el capitán decía á Sorel:

—Vaya, señor don Alberto, que Ud. con sus alegres emigrantes, nos ha proporcionado un viaje delicioso.

—Ese, caballero, es el verdadero pueblo español: alegre, chistoso, parrandista, cuando se le trata bien, pero si se le ofende... ¡Oh! entonces el León saca las uñas: es orgulloso; no se deja pisotear de nadie.

—Pues tengo entendido—repuso el capitán—que algunas veces ha sufrido la coyunda.

—Sí, es cierto; porque la gente ignorante se doblega al yugo, y en mi patria, por desgracia, la instrucción popular ha caminado á paso de tortuga. No obstante, de pocos años acá algo se ha hecho avanzar. Esos jóvenes que vienen conmigo, ya no son pobres seres que, mediante su ignorancia, sufran la esclavitud. Todos saben leer y escribir, base fundamental de toda ulterior instrucción. Si tienen afición al estudio, por sí mismos pueden ilustrarse. En los libros residen todos los conocimientos humanos. No son muchas las ciencias que indefectiblemente exigen explicación de

profesores: inteligencia, voluntad firme y constante; ahí está el secreto del saber. En las escuelas, sí se necesitan maestros porque se trata allí de disciplinar la niñez y ayudar al desarrollo mental del niño ó adolescente, lo más pronto posible. Pero después que llega á hombre puede aprender mucho sin necesidad de director, sí, como dije antes, tiene voluntad y, sobre todo, amor al saber.

El capitán iba á decir algo, pero la estentórea voz de un marinero gritando desde la cofa ¡Tierra! le cortó la palabra. Dos horas después el gran vapor fondeaba en la magnífica bahía de Río Janeiro. Siguiendo á don Alberto, las señoras, Carmona, Albertito y todos los demás de la comparsa, saltaron á tierra. El capitán y todos los pasajeros efectuaron lo mismo. Hubo allí ofrecimientos y apretones de manos, porque en un viaje largo se desarrolla la fraternidad entre personas que antes no se habían visto nunca, ni probablemente volverán á verse jamás.

Al despedirse del capitán, le dijo Sorel:

—Hago escala en Río Janeiro por un par de días, en seguida parto á Belén de Pará. Cinco leguas distante de esa ciudad, en la hacienda de Miraflores, me tiene Ud. á sus órdenes.

El capitán, dando las gracias dijo:

—Si Ud. lleva gusto en ello, puede continuar su viaje en mi barco: dentro de dos días yo también hago rumbo al Pará.

—Acepto con el mayor gusto. Entonces no desembarcamos equipajes: pasado mañana me tendrá Ud. en el muelle y á todas las personas que me acompañan en el viaje.

Despidiéronse y acompañado de su tropa, don Alberto fuese á un gran hotel, donde todos fueron perfectamente alojados. Los artesanos y esposas, provistos de amable cicerone, se marcharon á conocer la gran ciudad. Carmona y Albertito quedáronse acompañando á las damas, que optaban por el descanso.

Cuanto á Sorel, no se dió punto de reposo. Fué á la Oficina del Telégrafo á dar parte á don Gabriel, de su arribo, encargándole el arreglo de camas para los veinticuatro matrimonios; si no las había en casa, corriendo á llevarlas de la ciudad. Llegaría muy pronto.

Ya despachado el gran Parte telegráfico, que no daría poco que hacer á Castañeda y consorte, volvióse al hotel provisto de un gran pliego de papel timbrado y escribió un Memorial á S. M. el Emperador del Brasil suplicándole le otorgase una entrevista privada.

Tuvo que proveerse de buena indumentaria en un almacén de ropa hecha, porque la suya quedó abordo. Ya rasurado, vestido con elegancia, provisto de guantes y sombrero de pelo, cogió su Memorial y marchó á Palacio.

Entregó el documento á un empleado. Este, informado de la premura del asunto, sabiendo que el pretendiente era español, gestionó en la regia antecámara, con tan buen suceso que en pocos minutos la petición quedó en manos del Emperador, el cual, considerando que España y Portugal, antaño fueron una sola Nación, mandó al Ugier de cámara que introdujese al caballero.

Don Alberto, al llegar ante el Emperador, hizo profundo reverente saludo, inclinándose sin doblar la rodilla. Don Pedro, sentado en ancho sillón de terciopelo rojo, franjeado de oro, medio se incorporó, saludándolo con leve inclinación de cabeza. El español quedó en pie aguardando la interpelación regia, que no se hizo esperar.

—Caballero, me habéis pedido una audiencia privada, servíos formular el objeto de vuestra petición.

—Sire, vengo á solicitar vuestra real venia para la fundación y civilización de un pueblo salvaje.

—¡Oh! eso es muy meritorio y jamás podría oponerme á ello.

—Además, pido á V. M. una Carta de Independencia para ese pueblo.

—¡Ah! ¿queréis que esa fundación no esté sujeta á nuestro Gobierno Imperial?

—Justamente, Sire.

—¿Y podremos saber la causa?

—Al momento. Es que deseo civilizar y regir á mis salvajes, por otras Leyes que las que están hoy implantadas entre los imperios y reinos civilizados.

—¿Y qué sistema nuevo queréis! ¿Acaso son malos nuestro Gobierno y los europeos?

—No, Sire; bajo el régimen constitucional, que priva hoy entre los gobernantes, me parecen buenos.

—¿Entonces?...

—Mi objeto tiende á implantar en el nuevo pueblo el sistema socialista.

—¡Ah, ah! Ese sistema que cuenta con algunos defensores y numerosos enemigos? ¿Os atreveis á afrontar el odio de los capitalistas?

—Sin temor alguno, Sire, porque viene en línea recta de Jesucristo, el cual, como V. M. sabe, fue el mayor Socialista del mundo.